

Eduardo, esto es lo que aconteció después de la beca-trabajo de 400 pesos

Álvaro Brizuela Absalón*

*Desde los genes empieza nuestra historia, y ésta se abre al mundo apenas nos asomamos al exterior del vientre materno; sí, así, emprendemos nuestro andar... mirar, escuchar, oler, tocar, saborear, llorar, bailar, etnografiar, estar con el otro, sabernos, y en un momento compartir la vida... hasta llegar a ser familia.
¿Qué sigue? He ahí el misterio y el asombro.*

De mi diario, 2 de diciembre de 2009, 11:19 horas,
en mi "cubil felino núm. 19" del Instituto de Antropología,
Universidad Veracruzana

Eduardo, me pides volver en el tiempo para recordar lo que ocurrió en ese camino que me llevó al Museo Nacional de Antropología, algo así como reza el canto: volver al 63... Mi primer encuentro fue en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en una casona del siglo XVII, donde, cuando don Gabino sonaba una campana, nos avisaba del tiempo en que finalizaba una clase y se iniciaba la siguiente.

Volver a las calles de Moneda para abrir este relato es como si estuviéramos ante el entrevistador cuando hacemos trabajo de campo, retrotraernos a ese pasado que guarda la memoria: cuántos recuerdos, cuántos rostros, cuántas imágenes. Ahora es estar en un momento atemporal, y en el relato recordaremos, ¿con asombro?, aquello que aconteció, para traerlo al presente como algo nuevo.

Vayan pues las palabras, volver en el tiempo, y que irrumpa el recuerdo y que irrumpa la palabra, como irrumpe la vida. Aquí estamos. Aquí vamos.

Ése, mi andar en el mundo que me llevó a la antropología, y pasar un tiempo lleno de luces en el Museo Nacional de Antropología, no comenzaron en 1963. Este comienzo fue cuando llegué al Instituto Politécnico Nacional (IPN) para estudiar en la Vocacional número 4 de Ciencias Médico Biológicas, que después me llevó a la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas (ENCB).

Este andar en el oficio de etnógrafo-etnólogo comenzó en la ENAH, en la calle de Moneda, casa número 13, y en particular en el Salón Sahagún –recuerdo que no lo nombrábamos Salón Bernardino Sahagún, sólo "Sahagún"–, y continuó en el Museo Nacional de Antropología, frente a la ENAH, para después dar un salto al enorme y moderno edificio en Chapultepec.

En la ENAH había un ambiente de camaradería entre los nuevos compañeros. Por colindancias geográficas del sur de Veracruz, Jaltipan y Catemaco hicimos amistad con Toño García de León. Muchas conversaciones con Manuel Alvarado Guinchard, Susana Glantz, Emilio Bejarano –con Emilio íbamos a estudiar a su casa en la calle de Fresno, en Santa María la Ribera–; Rafael López Sanz, de Venezuela; *el Pibe* Montero, mi compadre, de Uruguay; Gilberto López y Rivas,

* Investigador del Instituto de Antropología, Universidad Veracruzana (abrizuela@uv.mx).



Virginia Molina, Sonia Iglesias, Miguel Medina. Bueno, sería largo pasar lista. De entre los 90 que ingresamos, y con el pasar de los días, las relaciones de amistad, por tareas escolares fueron creciendo. Una de ellas con Blanca Sánchez, Françoise Pepin, Martín Chomel, Glafira, Irma, Raúl Gómez.

Fue un día del mes de febrero de 1963, a las tres de la tarde, cuando dieron inicio las clases en la ENAH. Recuerdo una de ellas: antropogeografía general, con el profesor Jorge Arturo Vivó, con cuya charla recorríamos vastas regiones de nuestro continente. Un percance que me impactó ocurrió una tarde en la clase de francés I, con *madame* Carasó. Ella ya había comenzado a hablar, y en eso entró un estudiante vistiendo una capa azul, botas, boina y no sé que más. *Madame* Carasó se le quedó viendo y, un tanto alterada, le dijo a Sergio:

–Por esa insignia que usted trae es que salí de mi país. Por eso estoy aquí y no lo quiero ver más en mi clase. Haga el favor de salir.

Sergio llevaba prendido en la ropa un broche con el escudo de la cruz gamada. Ya no regresó a la escuela.

Había compañeros que venían de otras carreras y las habían dejado para estudiar antropología. Yo era uno de ellos. El año anterior estudiaba el segundo año de ingeniería bioquímica en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Politécnico: si recordamos la historia, de allí nació la ENAH. En la ENCB fue una buena experiencia que compartí con los profesores; en-

tre ellos recuerdo a Modesto Bargalló Ardevol, que nos impartía química inorgánica. El profesor Bargalló era amigo de Linus Pauling, que recibió el Premio Nobel de la Paz en 1962; Francisco Giral González, hijo de Francisco Giral Pereira –presidente del Consejo de Ministros de la República Española en el Exilio, que nos impartía química orgánica. Otro español, don Pedro Carrasco Garronera, nos enseñaba física; él me comentó que había inventado el detector de minas, esos objetos asesinos bajo tierra, y que otro, que trabajó en lo mismo, le ganó el invento con el registro de la patente. El ingeniero que nos enseñaba dibujo industrial era un hombre generoso que nos apoyaba cuando no teníamos dinero para adquirir algún material de trabajo en la clase de diseño industrial; las estudiantes lo bautizaron como *Mandrake* por su parecido con el personaje de la historieta.

En la ENCB mis compañeros me preguntaban por qué siempre leía información que no era de la carrera. Entonces leía acerca de los problemas sociales de México. Esto me llevó a interesarme más por ese campo de estudios, por lo que, cuando estaba por entrar al tercer año de bioquímica, fui a la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM para ver los programas, pero no era ahí, y por recomendación de mi cuñado Alfonso Hernández Olamendi fui a la ENAH: vi los anuarios donde se informaba de los planes de estudio y me dije: “Aquí es el lugar”.

Con esos antecedentes llegué a la ENAH. Entonces se me concedió una beca-trabajo de 400 pesos, apoyo económico que me permitió ingresar a trabajar en el Departamento de Monumentos Prehispánicos, entonces bajo la dirección del arqueólogo Jorge Acosta –un señor muy dedicado a su oficio–. En ese entonces también recibía un modesto apoyo económico de mi hermano Manuel Brizuela Absalón. En ese momento había llegado al departamento un decomiso de piezas arqueológicas, y el señor Acosta nos encomendó, a Jorge Chirinos y a mí, trabajar esos materiales. Nuestra sorpresa fue al recibir tres grandes cajas de cartón con fragmentos cerámicos y cuentas de jade: se nos pidió que tratáramos de unir los fragmentos y reconstruir su forma, tarea que emprendimos en la ceramoteca del instituto, ubicada en la azotea del edificio de Córdoba 45.

¿Qué hicimos, sino distribuir los tiestos en la mesa y en el piso? Así empezamos a reunir los fragmentos hasta rehacer la vasija. Una mañana de tantas entró en la ceramoteca una señora plumero en mano. Portaba un mandil. Al mismo tiempo que sacudía los estantes, decía:

–Aquí donde me ven, soy Florencia Müller, la encargada de la ceramoteca, así es que por aquí me van a ver seguido.

Pasaron tres meses y logramos armar el complejo rompecabezas, además de hacer los sartales de cuentas que colocamos en unos bastidores. El más sorprendente de haber terminado la tarea fue don Jorge, que nos dijo:

–Pues ya acabaron, ya no hay más que hacer.

Al concluir ese trabajo en Prehispánicos, comencé a laborar en la Bodega de Etnografía del museo en Moneda, justo frente a la ENAH. La encargada de la bodega era la antropóloga Lina Odena Güemes, y la primera tarea que nos asignó fue catalogar los instrumentos musicales de la India: entre el asombro y el encanto, palpar la superficie de tales objetos fue una sensación emocionante por lo que éstos guardaban, al igual que cuando me entregaron un lote de esculturas africanas de madera. Continué con algunos objetos haida y otros de Alaska. En este proceso de catalogación tenía que ir a la biblioteca del museo para consultar sobre los objetos de los que había poca o nula información.

Después me relacioné con los objetos etnográficos de México y revisé el inventario en el museo, escrito a mano y en grandes hojas. De ese listado observé que muchos ya no existían en el museo. Se decía que algu-

nos habían pasado al acervo en el Castillo de Chapultepec. Fue algo extraño tener en mis manos cabezas humanas reducidas –algunas de primates, que quisieron hacer pasar como humanas–. Algo que llamaba mi atención era un enorme huipil extendido en una vitrina que colgaba en la pared, prenda tejida de hilos y acabado con plumas. Decían que era de la Malinche, pero yo imaginaba que lo vestía la maestra Mercedes Oliveira. Siempre que lo veía, pensaba en cómo se vería ella portando tan maravillosa prenda. No sé cuántos de los que estudiábamos el primer año de antropología nos sentíamos atraídos por ella.

En el museo de Moneda conocimos a doña Amalia Cardós, que era la encargada de la Sección de Arqueología, y compartimos en ese lugar con el inquieto amigo Arturo Oliveros y los buenos amigos José de los Reyes, Borja y otros miembros del personal que ahí laboraban.

Del museo salía a las dos de la tarde. Esa hora de salida me creaba un contratiempo para salir volado hacia Santa María la Ribera, donde vivía en un cuarto de azotea en la calle Salvador Díaz Mirón; luego me apresuraba para ir a la supercocina de doña Amparo, una generosa mujer descendiente de españoles republicanos, muy considerada con nosotros, los estudiantes, donde llegaban muchos del Politécnico. Lo que recuerdo es que nunca completaba el pago quincenal de la comida; siempre me quedaba un piquito y ella me decía:

–No te preocupes, tú cumples con lo que te alcanza –y así la llevábamos, hasta el día que cerró y se fue a vivir con su familia por el rumbo de la colonia Lindavista.

En ese vaivén, una de las clases era economía, con el profesor Julio César Olivé. Por el horario de salir a comer a Santa María la Ribera y regresar a la escuela, algunas veces el profesor Olivé ya había pasado lista –después de las tres y media de la tarde–. Él me decía que yo llegaba a esa hora para que no estuviera durante la sesión de preguntas. ¿Qué podía decirle? Me reprobó. Después, para presentar el examen extraordinario, me citó en su oficina en Pemex. Esa vez salimos en su carro hacia la escuela, y mientras iba manejando me iba haciendo las preguntas. Durante el trayecto, por el tráfico pesado, a veces lanzaba una mentada a otro que se atravesaba, mientras yo, nervioso, iba respondiendo algo sobre los medios de producción. (Un paréntesis: cuando la profesora Beatriz Barba y el profesor Olivé estuvieron a cargo del Museo de las Cultu-

ras, Gladys y yo los visitamos. Nosotros ya estábamos en Xalapa. Gladys ya impartía cursos en la Escuela de Antropología de la Universidad Veracruzana. Entonces me preguntó dónde trabajaba y le dije que no era en antropología. Exclamó que eso no era posible y dijo que hablaría con Alfonso Medellín, aunque no lo hizo. Él tuvo que ver con mi primer ingreso al Instituto de Antropología en la UV.

Fue una tarde de febrero o marzo cuando llegué al Salón Sahagún de la ENAH. La luz entraba por los ventanales y sola entre los mesabancos, en medio del salón, estaba sentada Gladys Casimir. Me acerqué y le pregunté:

—¿Me puedo sentar? —señalé el mesabanco, a su derecha.

Y respondió:

—Sí.

Para mí fue un gran y emocionante suceso, porque desde aquel momento comenzamos a caminar juntos. Aquí, en Xalapa, crecieron nuestros cuatro hijos: Álvaro, Marín, Andrés y Hernán, y ya nos hicieron abuelos de Jorge Andrés, Xcaanda Ximena, Luna y Ámbar Ariché.

Volvamos a 1964, cuando llegó el tiempo de los trabajos de reunir materiales etnográficos para las salas en el nuevo edificio que albergaría al Museo Nacional de Antropología en el bosque de Chapultepec. En el museo de Moneda llamaban mi atención dos nombres escritos en papel blanco pegado en cajas de cartón, donde se iban apartando los textiles. En uno de los letreros se leía: PREGUNTAR A LA SRA. JOHNSON, y en las otras cajas: DRA. KELLY. Yo me preguntaba quiénes serían ellas. El material que ahí se separaba sería transportado a las nuevas instalaciones en el bosque de Chapultepec.

Otro de los recuerdos que tengo del museo en las calles de Moneda fue el de una mañana de ese mismo año, cuando caminaba por el patio y también lo hacía una pareja joven, que inquieta y curiosa se acercaba para observar cuanto la atraía. No sé si serían de mi edad, aunque percibí su vitalidad: se trataba del príncipe Akihito y su esposa Michiko Shôda, por cuyos gestos pensé que viajaban de luna de miel.

También recuerdo el día en que trasladaron el monolito del Calendario Azteca, montado en un camión. El bullicio en la puerta del museo en Moneda era impactante. De los instrumentos de los mariachis salían las notas de *Las golondrinas* y doña Susana Pérez lloraba en la puerta, despidiendo a uno de sus hijos, como consideraba a ésta y otras esculturas.

Otro recuerdo que tengo del museo en Moneda era ver a personas que por un momento se detenían frente a la gran portada y se santiguaban. Yo pensaba que eran familias campesinas que venían a la ciudad y que esa reverencia se la dedicaban al esqueleto humano que se guardaba en una vitrina, la cual contenía monedas que depositaban los visitantes.

Las visitas de Moneda a Chapultepec eran por motivos diferentes. Por ejemplo, una mañana nos llevaron a conocer las instalaciones. Nuestro guía era el señor Jaime Torres Bodet, en cuya comitiva también iba el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez. Ambos nos explicaban y mostraban los espacios del edificio. En verdad era sorprendente el cambio de la casa en Moneda respecto a la dimensión del nuevo espacio en Chapultepec.

Durante el cambio de sede, en septiembre de 1964, un grupo de jóvenes llegamos a ese lugar y nos instalamos en la Bodega de Etnografía —hoy Depósito Etnográfico—: Lina, Ofelia, Hilda, Elia, Toño, Melesio, don Plácido, don Pedrito y Toño García de León. Había días en que nos visitaba un señor que trabajaba en limpieza y hacía versos, con los cuales relataba la crónica cotidiana de lo que allí acontecía. Toño García de León lo bautizó como *el Cureitor de los Poetas*. En algún lugar de mis papeles guardo uno de esos versos largos, que escribía a lápiz.

La tarea más ardua fue la víspera de la inauguración del Museo Nacional de Antropología, cuando conocí a la doctora Isabel Kelly, con sus grandes lentes y su enorme falda gris. Mi tarea era subirle los materiales de Chiapas que solicitaba para componer la museografía de la sala. Otro personaje de gratos recuerdos fue la señora Irgard Johnson, gran conocedora de textiles. La tarea de acarreo de materiales etnográficos desde el sótano hasta la planta alta, donde están las salas de etnografía, consistió en cargar cajas durante ese día y parte de la noche. Fue una labor pesada. Éramos los “tamemes” del trabajo duro. Recuerdo que, muy noche, subí una caja. En ese lugar estaban Lina Odena, Alfonso Muñoz y un arquitecto, que después supe que era compadre de Lina y Poncho Muñoz. El “arqui” se puso de mandón y me gritó que me apuraré a cargar más cajas. Yo me sentí muy mal debido a su tono despectivo más que por el esfuerzo de llevar las cajas a lomo. El cansancio ya empezaba a hacer estragos en mi cuerpo. Cuando bajaba por más material, en un entresuelo estallé en llanto a causa de la fatiga y por el comportamiento del arquitecto gritón. Me parece que fue don

Pedro quien se quedó un rato en el entresuelo, cerca de mí, mientras pasaba mi temblor.

Llegó el día de la inauguración. Yo no estuve. Mi ingreso al nuevo Museo Nacional de Antropología fue gracias a que yo laboraba en Moneda 13, así que no

tuve que pasar por ese martirologio de hacer solicitud de ingreso.

Éramos dos grupos: los de la Sección de Etnografía con su curador, el profesor Fernando Cámara Barbachano, con el grupo de investigadores que apoyaban



las tareas de la nueva sección; por otro lado, los que estábamos en la Bodega de Etnografía, bajo la coordinación de la antropóloga Lina Odena Güemes.

Entre 1964 y 1965 fue tiempo de desempacar, separar y ordenar objetos por cultura o grupo lingüístico y material de manufactura –textiles, cerámica, cestería, madera, metal, vegetal–, para luego colocarlos en los anaqueles con letreros de identificación para su pronta localización. Los textiles fueron los que requirieron un cuidado diferente en su acomodo. No recuerdo cuánto tiempo nos llevó esta actividad, a la que siguió la catalogación de objetos, mediante datos que vaciábamos en tarjetas, en tanto que otras tarjetas de cartulina, también con los indicadores impresos, eran transcritas a máquina por las secretarías Ofelia, Hilda y Elia. Fue un trabajo complejo, en un lugar frío al principio al que, con toda nuestra energía, logramos organizar e imprimirle la estructura de un depósito de resguardo del acervo etnográfico.

Otro lugar de acopio de materiales etnográficos que los antropólogos comisionados adquirirían en diferentes poblados del país era en la casa de Río Tiber. Allí laboraba personal del INAH y el contratado en la catalogación de objetos, bajo la dirección de la antropóloga Marcela de Neymet. Recuerdo que entre los que allí trabajaban estuvieron Gladys Casimir, Gilberto López y Rivas, Rafael López Sanz y tantos otros que realizaban tareas de traslado de material y limpieza del lugar. Cuando concluyeron estas labores hubo una fiesta de despedida: comida, bebida y bailada.

Durante un tiempo, según observé, los de la Bodega de Etnografía éramos algo así como la caballería, aunque de a pie, y los de la Sección de Etnografía, los investigadores. Estuve en la bodega entre 1963 y 1966, en el interior del depósito de objetos etnográficos, en un ambiente de gran camaradería. Para el programa de catalogación, a diario se nos daba una determinada cantidad de números para inventariar, claves de grupo lingüístico y lugar de procedencia del objeto, con lo que se llenaba una tarjeta con la descripción del objeto, su uso, costo, entre otros datos. Cuando terminábamos la tarea de catalogación asignada, podíamos dedicarnos a estudiar. A las dos de la tarde nos encontrábamos en el comedor, cerca del área de intendencia, donde cocinaba *la Güera*. Eran famosos sus hígados de res asados a la plancha y el chicharrón en salsa verde. Por ahí debo de tener una fotografía de ella frente al gran comal de lámina, asando los hígados encebollados. Otras veces íbamos a comer a Los Panchos, famoso por sus

tacos, cerca del museo; tantas veces íbamos, que ya éramos como de la casa. En ocasiones había tantos comensales, que los amigos meseros nos decían:

–Mañana pagas en la caja.

A las tres de la tarde subíamos a la escuela, donde había otro ambiente muy agradable, para compartir el conocimiento de los maestros de ese tiempo: don Pedro Bosch Gimpera, Barbro Dahlgren, Wigberto Jiménez Moreno, Roberto Julius Weitlaner, Fernando Cámara, José Luis Lorenzo, Johanna Faulhaber, Felipe Montemayor, Ricardo Pozas, Moisés Romero, Paul Kirchhoff, Beatriz Barba, Carlos Martínez Marín, Ángel Palerm, y los jóvenes herederos de entonces: Andrés Medina y Otto Schumann.

La Bodega de Etnografía era visitada por miembros del museo o personas externas que llegaban para conocer el acervo. La persona que durante un tiempo nos visitaba era la señora Laris, encargada del área de difusión y de las jóvenes guías. Ella entraba a la bodega como ciclón, abría el portón corredizo, acompañada de diferentes personas o estudiantes. Nunca saludaba y se ponía a mostrarles algunos objetos de los anaqueles. Hasta que una mañana puse el cerrojo al portón corredizo y ya no pudo entrar. La siguiente vez empezó a tocar y desde dentro, a través de la ventanilla de acrílico, le dije:

–Buenos días –y no contestaba.

Yo repetí:

–Buenos días.

Así ocurrió dos o tres mañanas, hasta que comprendió que los que estábamos adentro éramos personas y no parte de los objetos resguardados. Ya después llegaba, nos saludaba y nos presentaba a sus acompañantes. Fue un tiempo en que el *boom* del edificio de mármol llamó la atención y atrajo a jóvenes mujeres para trabajar como guías, muchas de ellas con un comportamiento “fresa” –así se les identificaba–. Algo parecido ocurrió en la ENAH, cuando se trasladó al nuevo espacio en el museo y se inscribieron jóvenes de las zonas residenciales cercanas. Fue como una moda, pues la mayoría no soportó más allá del primer semestre. ¿Qué habrán pensado que era estudiar antropología?

Otras actividades, además de la catalogación de objetos, era atender a las personas que llegaban a ofrecer sus productos artesanales, en su mayoría textiles, provenientes de Mitla, Pinotepa, Xalitla, Olinalá, Tlapehuala, Huautla, San Pablito y otros que no recuerdo en este momento. Con ellos tuvimos amistad por muchos

años, a tal grado que a Xalapa llegaban dos hermanas de Xalitla, Guerrero, para ofrecer sus artesanías, que a veces guardaban en nuestra casa.

Recuerdo a una señora que traía huipiles de Oaxaca. Una mañana, con mucha precaución, sacó un envoltorio de hojas frescas de plátano: era una “toma” de hongos mazatecos. Cuando le dije que yo no consumía, insistió y al final los recibí. Entiendo que era parte de su “mercadotecnia”, para convencerme de la compra de textiles. La segunda vez llegó con su envoltorio y le dije que ya no lo hiciera; en esa ocasión se los regalé a un estudiante de nombre Tomás: cuando salí del museo lo encontré sentado en el pasto, frente al museo, y le dije:

–¿Qué haces?

–Estoy viendo a esa hormiga, a ver cómo me la puedo chingar –me respondió.

Le expliqué sobre el contenido del envoltorio y las recomendaciones de su uso que me había hecho la señora, y Tomás aceptó el regalo.

Esta actividad de los artesanos y comerciantes de objetos que ofrecían los materiales para enriquecer el acervo etnográfico hizo que algunas veces se asentaran en las partes laterales de la explanada, en la entrada del museo. Un día me dijeron que no les permitían ofrecer sus materiales y, para tratar de resolverlo, pedimos una cita con el director del recinto, el arqueólogo Ignacio Bernal. Asistimos Eduardo Corona, Arturo Oliveros y yo. Don Ignacio Bernal argumentó que ese lugar no era un tianguis; por lo tanto, no se permitiría la presencia de artesanos y comerciantes. Yo pregunté:

–¿Por qué sí se les permite a los vendedores de juguetes –helicópteros y otros–, fotógrafos y otros ambulantes urbanos, y a los que traen materiales para el museo no?

Él repitió, tajante:

–Éste no es un tianguis.

Eduardo y Arturo me miraron y entendí que ya no debía insistir. Con el paso del tiempo concebí al museo como el guardarropa de lujo de quienes producían y usaban los objetos, personas a quienes los gobernantes sólo les permiten el discurso del folclor.

En otra ocasión llegó al museo una banda musical, cuyo lugar de procedencia ahora no recuerdo. Los hombres llegaron para saludar el lugar donde se ubican las reliquias de sus antepasados. Lo insólito fue que una mujer muy aseñorada, de la cual omito su nombre, los quiso sacar del recinto, tal vez por su atrevimiento y su indumentaria, pero yo estuve allí para

impedirlo. Nos llamaba la atención el comportamiento de algunos personajes que laboraban en el área de administración y difusión. Esto lo comprobé otro día en que subí a las oficinas administrativas para solicitar una publicación: la secretaria me preguntó, le expliqué, ella me miró y me respondió:

–Déjeme ver si usted está en la lista de sus amigos –se refería al autor del libro; luego agregó–: no está usted en la lista, lo siento.

Uno de los momentos más chuscos fue durante una inauguración en la sala de exposiciones temporales. Para tal ritual se esperaba a la señora Esther Zuno de Echeverría, esposa del presidente de la república. Como en otras inauguraciones, un grupo de estudiantes de la escuela bajamos al *mezzanine*. Yo coloqué en el piso mi pesada maleta escolar de piel, apoyada contra el cancel de vidrio de la sala. Entonces llegó un policía y me preguntó:

–¿Qué trae usted ahí?

Le respondí:

–Una bomba, revísela.

Algunas de las guías, en tono de súplica, nos decían:

–Muchachos, váyanse, dan muy mal aspecto.

No sé cuántas veces lo repitieron hasta que de pronto se vio un gran movimiento y las jóvenes guías corrieron hacia donde llegaba la señora Esther. En cambio, nosotros corrimos al encuentro de los meseros, que ofrecían bocadillos en charolas. En consecuencia, para evitar los “desacatos” de los que dábamos mala imagen, por un buen tiempo suspendieron los bocadillos en las inauguraciones.

Estas expresiones y comportamientos del personal mencionado fueron cambiando poco a poco, cuando algunos se percataron de que estaban en un lugar que guarda expresiones culturales tangibles de las culturas previas a la invasión y colonización española, así como de los pueblos originarios en el México contemporáneo: lo que ahora somos. Como sea, a veces, debido a las circunstancias ante la presencia de algún visitante notable, se nos pedía guardar la compostura.

Así ocurrió unos años más tarde, cuando una mañana llegó a la bodega una visita “oficial”: unos señores que no recuerdo quiénes eran y cuyo guía era Guillermo Bonfil. En ese momento en mi tocantitas se escuchaba una rola de protesta: la grabación de un canto con Toño García de León en la voz y la jarana, cuya letra era contra las autoridades represoras de la ciudad de México –en una frase se oía: “Chingue a su madre Cueto”–. Subí el volumen y fue cuando



Guillermo me pidió que lo apagara, algo diferente al canto de Carlos Puebla: “Y llegó el comandante y mandó a parar”.

Un acontecimiento relacionado con esas fechas ocurrió una mañana cuando, por parte de un grupo de estudiantes de la ENAH, se organizó un mitin en la explanada del museo. Fui a invitar al profesor Cámara para que nos acompañara y éste me dijo:

–Hijo, ya pasé por todo eso, ahora les corresponde a ustedes.

Así que nos fuimos al mitin dedicado a Vietnam. Hubo discursos. Algunos turistas gringos se molestaban y nos gritaban. En eso enviaron a los policías que laboraban en el museo a formarse frente a la entrada del edificio, todos en fila, viendo hacia nosotros. Yo veía a don Agustín, el papá de Ofelia, y a otro señor de Jalisco, con los que me llevaba y que me preguntaban:

–¿Acaso no nos van permitir entrar para regresar a nuestras labores?

Empezamos a caminar y ellos se hicieron a un lado. Después conversé con ellos y me dijeron:

–Muchacho, ¿cómo crees que los íbamos a golpear o a impedirles la entrada. Si nos conocemos y ustedes son personas tranquilas.

Nuestro andar en el área de bodegas y secciones de Arqueología y Museografía era frecuente, algunas veces por motivos de trabajo y otras, a la hora de salida, para saludar a los compañeros. Recuerdo que doña Amalia Cardós decía:

–Aquí, el único que no tiene restringida la entrada a la Bodega de Arqueología es Álvaro Brizuela –lo cual mostraba las relaciones de confianza y camaradería entre nosotros.

En la oficina de intendencia los encargados era Jorge y su esposa Yolanda. Con ellos la amistad fue muy cercana. Otra más, Georgina, del Departamento de Museografía, provocaba suspiros a su paso –habría que preguntarle a Mario Vázquez qué fue de ella–. Con Mario llevé buena amistad.

Una mañana entró una llamada a la bodega. Tomé el teléfono, que estaba cerca de mi escritorio. La voz desconocida sonaba a la de una mujer vieja y un tanto ronca. No comprendía si sus palabras eran de queja o de reclamo, hasta que a la tercera llamada le reconocí la voz a Mario: le pregunté por qué hacía esas bromas –de seguro él ya no recuerda esos pasajes de vida en ese gran edificio.

Los museógrafos Pepe Lameiras y Manuel Oropeza fueron buenos compañeros. Recuerdo una anécdota de

ellos sobre uno de sus viajes al exterior, en un museo de Estados Unidos. En una reunión Manuel y Pepe se extrañaban de que muchas personas se les quedaran mirando, y después se enteraron del porqué: vestían unos overoles anaranjados que eran como el uniforme de los trabajadores del servicio de limpia pública en esa ciudad. Cuando se enteraron se rieron mucho.

Visitar el Departamento de Museografía o el taller de restauración siempre fue motivo de curiosidad y conocimiento. Nuestro trabajo en la Bodega de Etnografía durante esos dos años fue enriquecedor en cuanto a aprender los nombres de los objetos que se producían, quiénes los producían, los materiales de manufactura, los diferentes usos, quién los había adquirido, entre otra información que se registró en las tarjetas que conformaban el catálogo. Supongo que mucho de esto ha cambiado: me refiero al registro de objetos que forman el acervo, considerando las nuevas tecnologías que aportan los sistemas computarizados. Tal vez en este campo el Departamento de Cómputo que dirigía el profesor Jaime Litvak fue pionero en el manejo de la tecnología para el registro de materiales etnográficos por medio de tarjetas perforadas. Allí elaboramos registros mediante claves que contenían los datos del objeto registrado. Fue así como se hicieron publicaciones mimeografiadas de esos registros.

Por algún asunto a tratar en la Sección de Etnografía, que dirigía el profesor Fernando Cámara, desde la bodega algunas veces nos dirigíamos hasta ese lugar, donde se celebraban reuniones con los investigadores invitados o adscritos a esa sección. Recuerdo que una vez allí estaba George Foster, un personaje de la antropología de Estados Unidos, que había realizado trabajo de campo en la región popoluca de Soteapan en la década de 1940. Le comenté sobre mi interés en los relatos –cuentos– que él había registrado en San Pedro Soteapan y le pedí una copia de tal y como los había registrado en español. En efecto, tiempo después recibí por correo un sobre con los cuentos mecanografiados en letras azules.

Una tarde de marzo, después de la clase de cambio social, mientras bajaba las primeras escaleras que conducen al espacio de entrada del museo, el profesor Fernando Cámara me dijo:

–Mañana saldrá usted con el grupo de antropólogos que viajarán a la región chontal de la costa.

Me quedé desconcertado, porque en la Sección de Etnografía se celebraban reuniones de trabajo para el programa de registro de festejos del calendario cere-

monial en zonas de las culturas originarias que proponía el profesor Cámara.

La iniciativa de visitar a los chontales era del profesor Roberto J. Weitlaner, estudioso de las culturas oaxaqueñas. Él tenía referencias de que en la fiesta patronal de San Pedro Huamelula una lagarta formaba una parte importante en el festejo. Con esta motivación se planteó incluir a esa localidad en el registro del calendario ceremonial dedicado a los santos del culto católico.

Tras mi sorpresa ante tan inesperado viaje –mi primera salida en trabajo de campo–, le respondí al profesor Cámara que eso no era posible, pues yo no había participado en las mesas de trabajo con los investigadores de la Sección de Etnografía. Tras unos segundos de silencio, le pregunté:

–¿Quiénes van a ir?

Él contestó:

–El profesor Weitlaner, y usted con él, y lo acompañará durante la investigación.

Esta respuesta fue como un chispazo que me hizo tener confianza y aceptar.

Días después nos encontrábamos en Tehuantepec el profesor Weitlaner, Thomas Stanford, Otto Schumann, Toño García de León, Elizabeth Davis y yo. Otto y Toño se fueron para la sierra chontal y los demás, por una brecha, salimos en camión de redilas de Salina Cruz con rumbo a San Pedro Huamelula.

Fue mi primera experiencia como etnógrafo, dirigida por el profesor Weitlaner, que me inició en el trabajo de campo y fue el responsable de aquel memorable rito de paso allá en San Pedro Huamelula. Mi primer encuentro con él había sido con la lectura de sus textos: una lectura decisiva para que yo aceptara convertirme en su compañero de trabajo de campo. Barbro Dahlgren, por ejemplo, decía que para Weitlaner la escuela número uno era el campo.

En Huamelula nos hospedaron en una casa deshabitada. Desempacábamos nuestros enseres –entre éstos yo saqué una licorera de piel–, cuando el profesor me preguntó:

–¿Egso qué es?

Le respondí:

–Cañabar, profesor, hum.

–Lo probaremos cuando regresemos de nuestro primer recorrido por el pueblo y tras presentarnos con las autoridades.

Acompañé al profesor en las visitas a las personas, haciendo registro de los datos proporcionados.

Para mí fue difícil observar qué era Huamelula en ese momento, el contraste del lugar con poblados comunicados. Llegamos allí en medio de una terrible sequía. Incluso vimos a una mujer escarbar en la arena del lecho del río para sacar un poco de líquido. Tampoco había servicios de salud ni luz eléctrica. El impacto fue grande. Recuerdo que estaba enfrente de la iglesia y hasta allí escuchaba sonar un martillo clavando para cerrar la caja de un difunto. Todo ese ambiente, aunado a la sensación de impotencia, me hicieron estallar en llanto.

Como parte del programa, el Jueves Santo me trasladé al poblado de Astata, al sur de Huamelula. Llegué después del mediodía, con hambre y un el Sol cada vez más caliente mientras caminaba en busca de alguien que me diera de comer. Cansado, recuerdo que me recomendaron buscar a Celia Fermín, que estaba en casa de su hermano.

Desde la cerca del patio saludé y pregunté por ella. Debajo de una enramada, en una hamaca, de espaldas a donde yo estaba, se mecía una mujer. También estaban su hermano y otra mujer. La mujer en la hamaca volvió el rostro y se me quedó mirando.

Hablé:

–Me dijeron que aquí me pueden dar algo de comer.

–Pásale –fueron las palabras más alentadoras y solidarias que podría haber escuchado–. Siéntate –dijo Celia–: te voy a dar algo de comer.

Debajo de la enramada, en el patio y frente a la casa, en pocos minutos la nueva relación, esas palabras y su cobijo me hicieron sentir que era un conocido que regresaba al terruño.

Cuando volvimos al museo conversé con el profesor Cámara y le sugerí que diéramos esa información en la prensa o a alguna autoridad para que atendieran a esas población y sus necesidades en servicios de salud, de agua entubada, de luz eléctrica. Me dijo:

–Hijo: la vez que estuve en un poblado y señalé ese tipo de problemas, sufrí amenazas y opté por terminar mi trabajo y salir.

Entonces me quedé pensando que sólo había ido a hacer el registro de una fiesta, algo así como la vista de una tarjeta postal, de un retrato, sin ocuparnos de otros asuntos. Tal vez esa respuesta y el enfoque de las observaciones y registros que se nos asignaban eran parte de las tendencias de los estudios con una visión culturalista, que muchos compañeros no compartíamos.

En 1967 ingresaron otros compañeros a la sección. Uno de esos días el profesor Cámara me dijo:

–Álvaro, va a ingresar Luis Barjau. ¿Cuánto consideras que se le puede dar de salario?

Le dije:

–Mil quinientos pesos.

–Pero ¿cómo? ¿Va ganar más que tú? Apenas va a entrar.

–Profesor, precisamente porque sé lo que pasó con mi salario le sugiero esa cantidad –de modo que Luis entró.

El profesor Cámara se interesó en nueva información sobre Huamelula y Luis y yo hicimos un viaje en febrero. Desde allí continúe con rumbo a San Mateo del Mar, donde alcancé a Toño García de León para observar los festejos dedicados al día de La Candelaria, y de San Mateo volví a Huamelula.

En San Mateo nos reunimos con las autoridades para informar de nuestra presencia y actividades. Había muchos problemas en el lugar, y nos recomendaron tener mucho cuidado y no tomar fotografías. Nos llevaron a la casa y nos recomendaron cerrar bien y que no le abriéramos a nadie. Cada uno se acostó en una banca de madera, que de día se usaban para sentarse. Nos enteramos de que al inicio de los festejos al cura lo habían encerrado en la cárcel, y que al terminar la fiesta lo habían sacado, para que no se entrometiera en las costumbres.

En la región chontal de la costa estuve durante tres temporadas. La segunda vez que regresé a Huamelula fue en la última semana de junio, fecha que motivó estudios etnográficos en la región, porque se celebraba la fiesta al santo patrono: el señor san Pedro. En estos acontecimientos los actores, danzantes, músicos y pobladores participaban como si siguieran el guión de un libreto. El centro del festejo era su “Semejanta la Lagarta”, a la que nombraban “la Niña”, la cual representa un ritual de uniones matrimoniales y divorcios, tal vez reminiscencia de relaciones sociales entre los grupos ahí representados: los huaves y los chontales, porque a la Lagarta se le dan atributos de mujer y dicen que, cuando la capturan, una niña huave sufre.

Durante esa celebración Weitlaner se convirtió en esposo de la Niña y, después de divorciarse, tocó mi turno de celebrar mi matrimonio con ella ante la autoridad municipal, pues ya era una divorciada, a la cual se le nombró y bautizó como Elvia Vázquez López. Si alguien conoce el libro en homenaje al profesor Fernando Cámara, editado por el INAH, allí se publicó este

relato. Luis Barjau también encontró “gracia y perspicacia de describir un mundo fantástico”, y editó un bello y curioso librito acerca de “Su Semejanta La Lagarta y La Gunifacia”.

En una de aquellas noches el profesor Weitlaner y yo fuimos a la tienda de don Tomás García para despedirnos. Nos sentamos en unos taburetes frente a la casa y, al pie del corredor, debajo de unos arbustos a los que llaman “lambimbo”, a cada uno nos sirvieron una cerveza Corona de cuartito y una copita de mezcal, con los que brindamos. Después de la segunda vuelta le dije a Weitlaner:

–Profesor, dentro de 15 días me voy a casar otra vez.

–¡Cómo! –exclamó sorprendido– y ¿con quién se va a casar?

–Con Gladys Casimir, una panameña que trabaja en Prehispánicos.

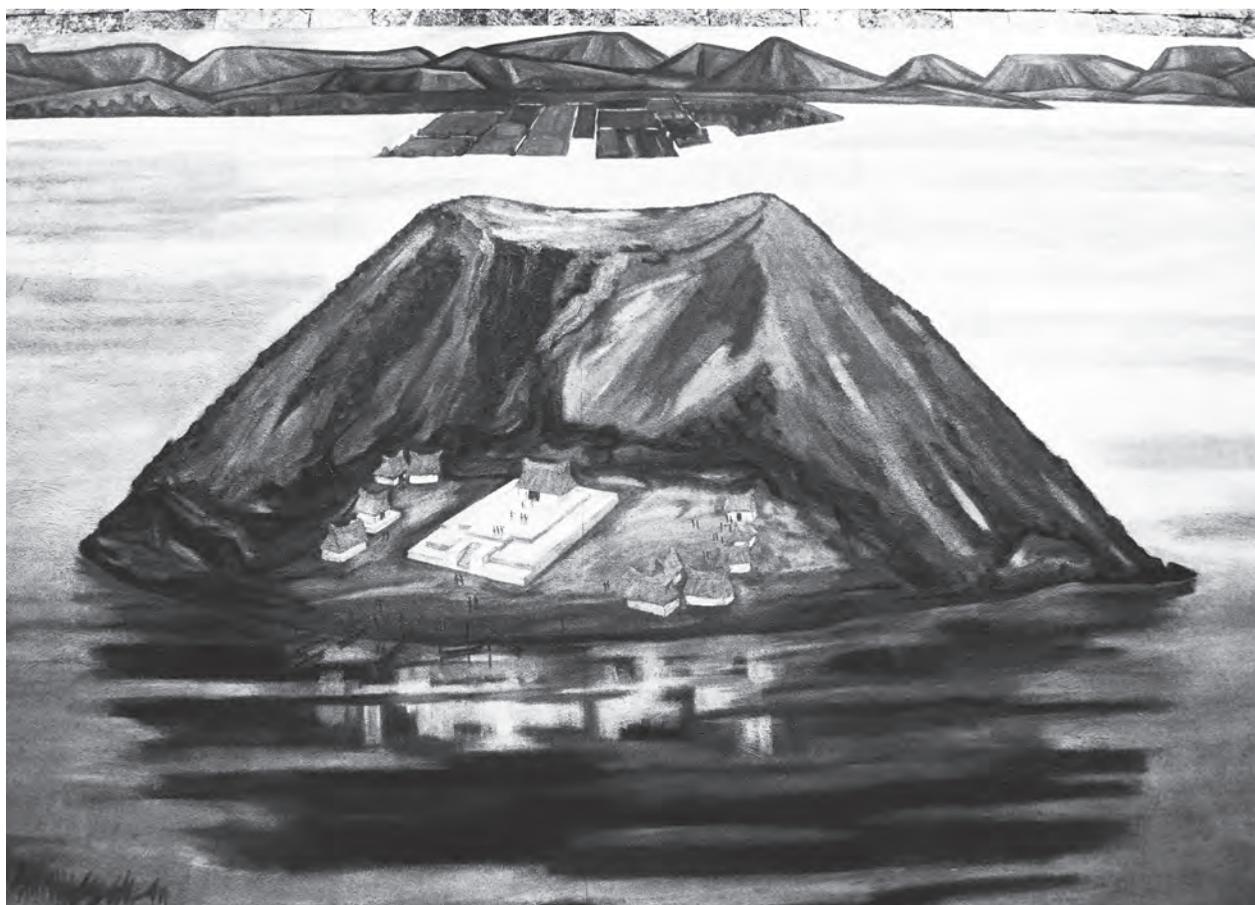
–¡Ah! ¿Con la flaca? ¡Ah, *egso meguece otgo bgindis!*

De modo que el 16 de julio, en la ciudad de México, el profesor Weitlaner firmaba como testigo de mi matrimonio con Gladys Casimir.

Recuerdo que la celebración de la boda en casa de nuestra madrina, doña Martha de Pool, que entonces era cónsul de la embajada de Panamá en México. Estuvo muy concurrida por compañeros, profesores y amigos. Recuerdo que el profesor Jaime Litvak colocó una mesita en la esquina del patio, encima de la cual puso un televisor y empezó a colocar sillas. ¿Por qué hacía eso? Porque ese 16 de julio México jugaba en la Copa Mundial de Fútbol contra Inglaterra. Después me enteré de que la selección nacional había perdido 2 a 0. Gladys y yo nos fuimos al puerto de Veracruz y desperdamos con una “nueva luz” en el Hotel Roca Mar.

Podría narrar más encuentros y experiencias de las temporadas de campo durante mi tiempo en el museo, y por cierto que desde ese primer viaje a Huamelula y Astata tuve una mayor presencia en la Sección de Etnografía.

Continuó una relación que fue el resultado de aquellas estancias en campo. Hoy mantengo correspondencia con Jaime Zárate Escamilla. Nuestra amistad se generó en el primer viaje, cuando él estudiaba la escuela primaria. Ahora es un hombre comprometido con sus tradiciones y tiene publicaciones, videos, un buen archivo fotográfico, página web, además de que es cantante, guitarrista y compositor, así como padre de familia.



Aquel año de 1966 en la Sección de Etnografía fue de intensa actividad en investigaciones de campo, y al grupo de investigadores que ahí laborábamos don Antonio Pompa y Pompa lo bautizó como la “orquesta de Cámara”. Los miembros de ese grupo dejamos una importante cantidad de notas etnográficas en el acervo de la sección.

Los siguientes años fueron de trabajo de campo en diferentes poblados del Estado de México, Oaxaca, Veracruz y Tabasco. En 1967 realicé una temporada de tres meses en Santiago Astata, un tanto complicada para lograr las entrevistas con algunas personas. La huella del Instituto Lingüístico de Verano era una especie de muro con las personas a las que me acerqué, pues me decían que los del Lingüístico les pagaban 50 centavos por palabra, y yo les explicaba que no tenía dinero. Mi reflexión me llevó a no aceptar esa manera de convertir las palabras en mercancías, a fin de dar otro carácter al trabajo etnográfico.

Ese año Gladys hacía trabajo de campo en un sitio arqueológico en Arcelia, Guerrero. recuerdo que le hice una llamada por teléfono y me dio la noticia de su embarazo. Yo salí de la caseta telefónica dando brincos. Para entonces dejamos el departamento de Río Ler-

ma y alquilamos uno más amplio en la calle de Tampico, esquina con Puebla, en la colonia Condesa. El 16 de septiembre, a las 9:15 de la mañana, en el sanatorio Dalinde, nació nuestro primer hijo: Álvaro Martín. Por cierto que la noche del Grito nos invitaron a una fiesta donde estuvieron Gastón Kerriu y Míriam, su esposa, Guillermo Zapfe, Alfredo Álvarez, Pepe Lameiras y varios más. Gladys, bailando, parecía estar sobre las olas, tanto por el movimiento de su cuerpo como por su vientre lleno de nueva vida. De ahí a la casa, hasta que a los pocos minutos me despertó porque empezaron las contracciones. Yo me levanté a vomitar. Esa noche los taxis parecían haberse esfumado, así que a caminar y caminar, hasta que abordamos un trolebús. Ya cerca caminamos al sanatorio.

Para 1968 atravesaba por algunos problemas económicos. Recuerdo que el profesor Cámara se enteró y, para resolverlo, me encomendó ordenar los materiales fotográficos de la sección. Sin dejar el turno matutino, empecé también en el horario vespertino. A fin de lograr un buen ordenamiento realicé entrevistas con algunas personas que laboraban en la Fototeca del INAH, así como con José de los Reyes y otro fotógrafo del museo. De allí resultó el diseño de una tarjeta para regis-

trar las fotografías y negativos, con lo que se empezó a configurar la fototeca de la sección.

Cuando laboraba en la bodega, y después en la Sección de Etnografía, entrábamos a las ocho de la mañana. Recuerdo que a veces llegaba con unos minutos de retraso y de inmediato la jefa de personal del INAH mostraba su eficiencia: me enviaba un memorándum, señalando un minuto, o los dos o los tres que había llegado tarde. Sin embargo, nunca envió un memorándum para dejar testimonio de que muchas veces salíamos después de las dos de la tarde, ni de que cuando salíamos a trabajo de campo empleábamos los días de descanso –sábados y domingos–. Se llamaba Rosa Martínez del Real –espero no equivocarme los apellidos, pero son los que en este momento vienen a mi mente.

En 1970 el profesor Arturo Romano Pacheco quedó a cargo de manera temporal de la Sección de Etnografía, porque el profesor Cámara se había ido a una estancia en la Columbia University de Nueva York. Entonces hice una propuesta para un recorrido diagnóstico en poblados de la región popoluca zoque y mixe del sur de Veracruz, con extensión a un poblado zoque de Ayapa, Tabasco, con la finalidad de seleccionar un lugar para trabajar un proyecto de tesis de maestría.

La estancia en campo resultó fructífera: se llevaron a cabo entrevistas, el registro de vocabularios y la toma de fotografías de los festejos patronales –mayordomías–. Cuando iba para Ayapa, Luis Barjau me dio su apoyo y me recomendó para que sus padres me recibieran en su casa de Xalpa de Méndez, de donde me trasladaba a Ayapa.

Durante aquellos recorridos, en Texistepec se adquirieron textiles y algún instrumento musical de cuerda para el acervo etnográfico, además de que se hicieron registros de vocabularios tomando como referente las cien palabras diagnósticas diseñadas por el doctor Mauricio Swadesh. De estos vocabularios grabados en cinta magnetofónica –una grabadora marca Uher– dejaba una copia en el Departamento de Lingüística, que coordinaba el maestro Genaro Manrique.

En octubre me encontraba en la región de Acayucan. No recuerdo cómo ocurrió: el caso es que el 6 de octubre fui a la oficina de telégrafos y me entregaron un telegrama del profesor Cámara para darme la noticia de que había nacido mi hijo Hernán en Panamá. Salí de la oficina con tal alegría, que no sentía el peso de la mochila que cargaba. Casi corrí en el parque, con ganas de gritar la noticia a la gente con que me encontraba.

Gladys tuvo un ofrecimiento de trabajo como arqueóloga en el recién creado Departamento de Investigación Científica de la Dirección del Patrimonio Histórico de Panamá, motivo por el que Hernán había nacido allá. Gladys hacía una excavación en Playa Venado, y desde allí se encaminó al sanatorio con dolores de parto.

Tiempo después recibí la noticia de que me ofrecían trabajo en ese departamento, porque se haría un traslado de poblaciones con motivo de la construcción de la Hidroeléctrica de Río Bayano. Se me concedió un permiso en el INAH –una licencia sin goce de sueldo– y me trasladé a ese país.

Cuando regresé, me reincorporé a la Sección de Etnografía. Tenía ya el borrador de mi tesis de maestría. Una de las tareas que me encomendaron fue hacer un registro bibliográfico para microfichas, que serían enviadas a las delegaciones del INAH en los estados, tarea que compartí con Roberto García Moll.

En 1974 recibí otro ofrecimiento para trabajar en el Centro INAH Oaxaca, estancia que no resultó buena por la soberbia del entonces director. Casi un año después volví a México y en 1975, para alcanzar a Gladys y mis hijos, salí del museo con rumbo al oriente, por donde sale el Sol, para radicar en Xalapa –cabe decir que desde 1964 hasta 1974 continué con mi salario “en lista de raya” en el museo.

Eduardo, hay más historias que contar de este andar, y cuánto más que analizar acerca del acontecer en el museo, como un espejo donde podemos ver una historia parcialmente contada.

No obstante, sin dejar de reconocer su función cultural en la historia de la museología, es posible que hoy podamos proyectar una museografía que deje al visitante una visión sobre el contexto espacial y la función del objeto, un discurso donde también se relate cuáles fueron las manos de los constructores de los monumentos, de las esculturas de las divinidades y demás objetos.

Por eso mismo recuerdo a Bertolt Brecht y su poema *Preguntas a un obrero que lee*: “¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas? En los libros aparecen los nombres de los reyes. ¿Arrastraron los reyes los bloques de piedra?”

Gracias.

Salud y saludos.

Xalapa, Veracruz,
agosto y septiembre de 2014